

tocante a los súbditos. Su sistema suponía la existencia de una autoridad indiscutida y deploraba como escandalosa y licenciosa la libertad de la Prensa, según existía en la época de Napoleón III. Sus reflexiones sobre el asunto promueven sonrisas en aquellos que comparan los periódicos de entonces a los de hoy.²⁴

En su tiempo, nadie hubiese comprendido como un gran país aceptaba la paz a cualquier precio: sus opiniones en la materia no diferían mucho de las de Clemenceau. Nunca admitió que se tuviese la falta de valor y la hipocresía de adornar con el nombre de deber social lo pusilámene de una burguesía incapaz de defenderse. La cobardía burguesa es muy semejante a la del partido liberal inglés, que a cada instante proclama su fe en el arbitraje internacional. El arbitraje produjo siempre resultados desastrosos para Inglaterra,²⁵ pero esos pusilánimes prefieren pagar y hasta comprometer el porvenir de su país, antes que afrontar los horrores de la guerra. El partido liberal inglés, como nuestra burguesía, tiene siempre la palabra justicia en los labios: cabría preguntarse si la insigne moral de los grandes pensadores contemporáneos tienen por base la degradación del sentimiento del honor.

²⁴ Refiriéndose a las elecciones de 1869 decía que se habían “empleado entonces violencias de lenguaje que Francia no había oído ni aún en los peores días de la Revolución”. (*Organisation du travail*, 3ª ed. p. 340). Evidentemente se trata de la Revolución de 1840. En 1873 declaraba que el Emperador no tuvo porqué alabarse al abrogar el sistema de opresión impuesto a la prensa antes de haber reformado las costumbres del país. (*Réforme sociale en France*, 3ª ed. t., III, p. 356).

²⁵ Hace ya mucho tiempo observó Summer Maine que Inglaterra sigue la suerte de los querellantes antipáticos. (*La droit international*, trad. franc., p. 279). Muchos ingleses juzgan que humillando a su nación resultarán más simpáticos: esto no está bien demostrado.

CAPÍTULO II

LA DECADENCIA BURGUESA Y LA VIOLENCIA

- I. — *Parlamentarios que obran por el temor. Los métodos de Parnell. Casuística. Identidad fundamental de los grupos del socialismo parlamentario.*
- II. — *Degeneración de la burguesía a causa de la paz. Concepciones de Marx sobre la Necesidad. El rol de la violencia para restaurar las antiguas relaciones sociales.*
- III. — *Relaciones entre la revolución y la prosperidad económica. Revolución francesa. Conquista cristiana. Invasión de los bárbaros. Peligros que amenazan al mundo.*

I

Se hace penoso comprender la violencia proletaria cuando se busca razonar sirviéndose de los principios que la filosofía burguesa derramara por el mundo; pues, según ella, la violencia es rezago de la barbarie y está llamada a desaparecer por el influjo del progreso. Resulta, pues, natural que Jaurès, nutrido de ideología burguesa, abrigue profundo desprecio para los que alaban la violencia proletaria. Asombrado de ver cómo los socialistas instruidos están de acuerdo con los sindicalistas, pregunta porqué prodigio de mala fe, tantos hombres calificados de pensadores acumulan *sofismas* para dar apariencias razonables a los ensueños de personajes zafios que no raciocinan.¹ El asunto apasiona a los amigos de Jaurès, que mo-

¹ A lo que parece, se habla así del movimiento proletario en el distinguido mundo del socialismo refinado.

tejan de demagogos a los representantes de la Nueva Escuela y los acusan de buscar el aplauso de las masas impulsivas. Los socialistas parlamentarios no pueden comprender los fines perseguidos por la Nueva Escuela, pues suponen que el socialismo tiende al logro de los medios conducentes al Poder. ¿Por acaso querrán los hombres de la Nueva Escuela hacer sobrepajas para captarse la confianza de los electores y candidatos y substraerles sus bancas a los socialistas garantizados?

Entonces, la apología de la Violencia puede producir pésimos resultados, quitándoles a los obreros la afición a la política electoral —lo que desposeería de muchas probabilidades de triunfo a los candidatos socialistas—y acrecentando el número de abstenciones. ¿Se querrá resucitar las guerras civiles? Esto les parece insensatez a nuestros grandes hombres de Estado.

La guerra civil es dificultosísima desde el descubrimiento de las nuevas armas de fuego y la apertura de vías rectilíneas en las ciudades.² Los recientes sucesos de Rusia parecen incluso haber mostrado que los gobiernos pueden contar, en mayor proporción de lo que se esperaba, con la energía de los oficiales. A raíz de las derrotas sufridas en Manchuria, casi todos los políticos franceses vaticinaron la caída del zarismo: pero las tropas moscovitas no manifestaron, ante los alborozos, idéntica blandura a la que tuvo el ejército francés durante las revoluciones nacionales; la represión fue, casi por completo, rápida, eficaz, y hasta implacable. Las discusiones del Congreso social democrático reunido en Jena, advierten que los socialistas parlamentarios no cuentan ya con apoderarse del Estado merced a una lucha armada. ¿Esto quiere decir que son completamente enemigos de la violencia? Su propio interés demanda que el pueblo no esté tranquilo del todo.

Les conviene que exista ligera agitación, que no rebase los justos límites, y esté vigilada por los políticos. Jaurès, cuando conviene a sus fines, le tiende cables a la Conferencia General del

² Véase las reflexiones de Engels en el prefacio de la reedición que hizo en 1895 de los artículos de Marx, con el título de *Luttes de classes en France* de 1848 a 1850. El prefacio falta en la edición francesa. En el de la alemana hay un corte, pues los jefes de la Socialdemocracia no creyeron suficientemente políticas algunas frases de Engels.

Trabajo,³ y recomienda a sus pacíficos oficinistas que llenen de conceptos revolucionarios el periódico: muéstrase consumado maestro en el arte de aprovechar las cóleras populares...

Una agitación encauzada con habilidad, es en extremo, útil a los socialistas parlamentarios, que blasonan, ante el gobierno y la burguesía, de saber moderar la revolución, y con ello no sólo alcanzan el triunfo de los negocios en que están interesados, sino que hasta consiguen favorcillos para electores influyentes y la aprobación de leyes sociales, que les sirven para darse importancia con los mentecatos capaces de creerlos grandes reformadores del Derecho. Para que todo ello salga adelante es preciso un poco de movimiento y que sea posible asustar a los burgueses.

Se concibe la posibilidad de establecer una diplomacia de carácter normal entre el partido socialista y el Estado; de manera que, al surgir algún conflicto entre obreros y patronos dos potestades resolviesen los diferendos. En Alemania el Gobierno no negocia con la Iglesia cada vez que los clericales oponen obstáculos a la Administración. A menudo se predicó a los socialistas que imitasen a Parnell, quien, con mucha frecuencia, supo imponerle su voluntad a Inglaterra; la semejanza entre unos y otros es tanto más grande cuanto que la autoridad de Parnell no estribaba sólo en el número de los partidarios suyos sino también en el terror que sentían todos los ingleses al mero anuncio de movimientos agrarios en Irlanda. Un poco de violencia, administrada por un grupo parlamentario, favorecía enérgicamente la política parneliana, como favorece a la de Jaurès. En los dos casos, un núcleo parlamentario vende la tranquilidad a los conservadores, que no se atreven a servirse de la fuerza propia.

Semejante diplomacia es difícil de dirigir, y los irlandeses no han atinado a continuarla con el pasado éxito, después de morir Parnell.

Respecto a Francia, tiene obstáculos particularísimos, pues acaso en ninguna otra parte sea tan dificultoso guiar a los ele-

³ Según le convenga inclínase por o en contra de la huelga. A decir de algunos votó por la huelga general en el Congreso internacional de 1900; otros afirman que se abstuvo.

mentos obreristas; es muy fácil provocar cóleras populares pero muy dificultoso hacerlas. En tanto no haya sindicatos con mucho dinero centralizados sólidamente y cuyos jefes mantengan relaciones constantes con la política,⁴ será imposible saber hasta dónde llegará la violencia. Jaurès anhela que existan esas sociedades obreras pues en cuanto se advierta que él no puede moderar la revolución, su prestigio desaparecerá instantáneamente.

Todo resulta un asunto de apreciación de medida y de oportunidad. Es necesario mucha finura, tacto y audacia para encauzar los procedimientos dichos. Hay que mostrarles a los obreros que se lleva el oriflama de la revolución; a la burguesía, que se enfrenta al peligro que la amenaza, y al país, que se representa una corriente de opinión irresistible. La mayoría de los electores no comprenden nada de cuanto ocurre en política, y no poseen conocimiento alguno relativo a la Historia económica. Como se inclina del lado en que supone está la fuerza, se obtiene de ella cuanto se quiere con persuadirla de que se es lo bastante fuerte para hacer capitular al Gobierno. Con todo, es conveniente no ir demasiado lejos, pues pudiera despertarse la burguesía, y el país someterse a un hombre de Estado resueltamente conservador. La diplomacia a que nos referimos tiene aplicación en todos los grados: con el Gobierno, con los jefes de núcleos parlamentarios y con los electores influyentes. Los políticos aspiran a lograr el máximo fruto posible de las fuerzas discordantes que se presentan en el campo de la política.

Embaraza un poco al socialismo parlamentario recordar que el socialismo se afirmó en sus comienzos mediante principios absolutos y sirviéndose, en dilatadas épocas, de los mismos sentimientos revolucionarios que el partido republicano ultra-avanzado. Una y otra circunstancias impiden seguir una política particularista como la recomendada por Charles Bonnier, que fue largo tiempo el principal teórico del partido guesdista.

⁴ Gambetta lamentaba que el clero francés estuviese "acéfalo": quería que se formase en sus entrañas un núcleo selecto, con el cual pudiera entenderse el gobierno. (*Garilhes Le clergé séculier français au XIX^e siècle*, págs. 88-89). El sindicalismo tampoco tiene cabeza con la cual pueda practicarse útilmente la diplomacia.

Aquel escritor quería que los socialistas siguieran el ejemplo de Parnell, quien negociaba con los partidos británicos sin someterse a ninguno; y que se llegara a un acuerdo con los conservadores, si se comprometían a conceder a los proletarios ventajas mayores que los radicales ("Socialiste", 27 de agosto de 1905). Como su doctrina pareció escandalosa a muchos, Bonnier hubo de atenuar la tesis, conformándose con pedir que se procediera del modo más favorable a los intereses del proletariado (17 de setiembre de 1905). Más ¿cómo saber dónde radican esos intereses, cuando no se tiene por norma única y absoluta el principio de la lucha de clases?

Los socialistas parlamentarios creen poseer aptitudes especiales para percatarse no ya de los provechos materiales e inmediatos conseguidos por la clase obrera sino también en las razones morales que obligan al socialismo a ser parte integrante de la gran familia republicana. Sus congresos se afanan en la combinación de fórmulas destinadas a regular la diplomacia socialista; es decir, cuáles son las alianzas permitidas y cuáles las prohibidas, y en conciliar el principio abstracto de la lucha de clases (que se desea enfrentar verbalmente) con la realidad del acuerdo de los políticos. La empresa es una insania, y así conduce a equívocos, cuando no impone a los diputados actitudes de lamentable hipocresía. Y hay que reanudar cada año la discusión de los problemas, pues toda la diplomacia exige una soltura de movimientos incompatibles con la existencia de estatutos perfectamente claros.

La casuística de que tanto se mofara Pascal, no era ni más sutil ni más absurda que la existente en las polémicas de las llamadas escuelas socialistas. Escobar hubiera pasado no pocos apuros para reconocer sus procedimientos en las distinciones de Jaurès; la teología moral de los socialistas serios es una de las mayores bufonadas de nuestra época. Toda la teología moral se divide necesariamente en dos tendencias: unas, casuistas, declaran ser bueno contentarse con opiniones que tengan leve probabilidad; otras quieren que se adapte siempre el parecer más severo y justo.

Esa distinción no podía faltar en los socialistas parlamentarios. Jaurès está por el método dulce y conciliador, con tal que haya modo de concordarlo con los principios, sea como sea,

y de que tenga a su favor algunas autoridades respetables; es un probabilista en todo el valor del vocablo, y a la par un laxante. Vaillant propugna el método enérgico y batallador que, a juicio suyo sólo se concilia con la lucha de clases y que es apoyada por la opinión unánime de los antiguos maestros; es un tutorista y una especie de jansenista.

Jaurès cree, sin duda trabajar en beneficio del socialismo, como los casuistas descarriados creían ser los más buenos y útiles defensores de la Iglesia. Estos, efectivamente, impedían a los cristianos tibios derrumbarse en la irreligión, y aún los llevaban a practicar los sacerdotes: exactamente como Jaurès impide que los ricos intelectuales, acarreados al socialismo por el dreyfusismo, retrocedan medrosos ante la lucha de clases y los impulsa a comanditar los periódicos del partido. Para los mentados intelectuales, Vaillant es un soñador que no ve la realidad del mundo, que se embriaga con las quimeras de una insurrección ya imposible, y desconoce las ventajas que un político taimado puede obtener del sufragio universal.

Entre uno y otro método, únicamente existe diferencia de categoría, y no de naturaleza, cual suponen los socialistas parlamentarios que se titulan revolucionarios. En tal punto es enorme la superioridad de Jaurès sobre sus contrincantes pues nunca puso en duda la identidad fundamental de entrambos métodos.

Tanto uno como el otro presuponen una sociedad burguesa desquiciada por completo: núcleos ricos que han perdido todo sentimiento de su interés de clase, y hombres dispuestos a seguir ciegamente los impulsos de quienes se encargan de dirigir la opinión. El asunto Dreyfus puso de relieve que la burguesía ilustrada tiene un extraño estado mental; ciertos personajes, que sirvieran larga y ruidosamente al partido conservador, intervinieron en la campaña junto a los anarquistas, tomaron parte en violentos ataques al ejército y aún se alistaron definitivamente en el partido socialista; además, algunos periódicos que ejercen la defensa profesional de las instituciones tradicionales, cubrían de cieno a los magistrados del Tribunal de Casación. Tan extraño episodio de la historia contemporánea francesa ha descubierto el estado de dislocamiento de las clases.

Jaurès, que anduviera mezclado en todas las peripecias drey-

fusistas, juzgó con rapidez el alma de la alta burguesía en la cual no había logrado penetrar. Vio lo espantoso de la ignorancia burguesa, su candidez seráfica y su absoluta impotencia política; comprendió que con gentes desconocedoras de los principios de la economía capitalista es fácil entablar acuerdos sobre la base de un socialismo extremadamente amplio, y apreció la medida en que —para hacerse el amo de personas desprovistas de ideas—, debieran mezclarse las adulaciones a la inteligencia superior de los imbéciles que se quiere seducir, las apelaciones a los sentimientos desinteresados de los especuladores, que se precian de haber inventado el ideal, y las amenazas revolucionarias. La experiencia ha demostrado cuán notable era su intuición de las fuerzas que existen hoy en el campo burgués.

Vaillant, por el contrario, conoce imperfectamente ese ámbito. Cree que el miedo es la única arma útil para mover a la burguesía, y sin duda es excelente; pero puede provocar una resistencia obstinada si se pasa de cierto límite. Vaillant no posee la notable agilidad mental y la duplicidad campesina que resplandecen en Jaurès, y por las cuales se lo comparó a menudo con un maravilloso chalán.

Mientras más de cerca se examina la historia de los últimos años, mejor se advierte la puerilidad de las discusiones relativas a los dos métodos; los partidarios de uno y otro se oponen por igual a la violencia proletaria, pues está libre del intervencionismo de aquellas cuya profesión consiste en practicar la política parlamentaria. El sindicalismo revolucionario no tiene por qué recibir impulso de los socialistas, a quienes se llama revolucionarios de Parlamento.

II

Los dos métodos del socialismo oficial implican igual base histórica. En la degeneración de la economía capitalista se injerta la ideología de una clase burguesa pacata, humanitaria y deseosa de liberar su pensamiento de las condiciones de la propia existencia. La raza de los jefes audaces que dieran grandeza a la industria moderna desaparece y le queda libre el puesto a una aristocracia superrefinada que solicita vivir pa-

cíficamente. Esa degeneración colma de gozo a nuestros socialistas parlamentarios, cuyo cometido sería nulo al estar enfrente de una burguesía capaz de emprender con decisión la ruta del progreso capitalista, de considerar bochornosa la timidez, de gloriarse pensando en sus intereses de clase.

Más frente a una burguesía casi tan necia, cual la nobleza del siglo XVIII, su fortaleza es normal. Y si el embrutecimiento de la alta burguesía continúa progresivamente, con la velocidad que lleva hace años, nuestros socialistas oficiales pueden esperar el logro de sus sueños durmiendo en suntuosos hoteles.

Sólo dos accidentes —a lo que se ve— serían capaces de contener ese movimiento: una gran guerra extranjera que templase el vigor político y que, en todo caso, daría el Poder a los hombres con voluntad de gobernar⁵ o una ampliación importante de la violencia proletaria, que mostraría a los burgueses la realidad del revolucionarismo haciéndolos perder el gusto por las soserías humanitaristas con que los adormece Jaurès. Éste, cuidadoso de entrambos riesgos, despliega todos sus recursos de orador popular; es preciso mantener a toda costa la paz europea y fijar límites a la violencia proletaria.

Jaurès se muestra convencido de que Francia será por completo dichosa cuando los redactores y accionistas de "L'Humanité" puedan servirse libremente de la caja del Tesoro público; hay que repetir un proverbio célebre: "Cuando Augusto bebe, Polonia se embriaga". Un gobierno socialista así arruinaría al país, administrado con la misma escrupulosidad económica que "L'Humanité"; mas, ¿qué importa el porvenir nacional, si el nuevo régimen procura bienestar a algunos profesores que imaginan haber inventado el socialismo, y a varios financieros del dreyfusismo?

Para que la clase obrera pudiese aceptar semejante dictadura de la incapacidad necesitaría ser tan imbécil como la clase burguesa y haber perdido la energía revolucionaria, a la par que sus señores se quedaban sin su energía capitalista. Como

⁵ Cf. G. Sorel. *Insegnamenti sociali*, p. 388. La hipótesis de una gran guerra europea parece poco verosímil en el momento actual. [La primera edición de éste libro, cuya actualidad es innegable, data de 1906, con numerosas reimpressiones. N. del T.]

tal perspectiva no es imposible, se trabaja arduosamente en embrutecer a los obreros con ese fin.

La Dirección del Trabajo y el Museo Social se aplican, como pueden, a tan maravillosa labor de educación idealista, que se adorna con pomposos nombres y se presenta como obra civilizadora del proletariado. Los sindicalistas estorban mucho a los profesionales del idealismo, y la experiencia indica que a veces basta con una huelga para destruir toda la *obra de educación* que los fabricantes de paz social elaboraran pacientemente en el transcurso de muchos años.

Para comprender bien las consecuencias del singular régimen en que vivimos, hay que referirse a las concepciones de Marx sobre el tránsito desde el capitalismo al socialismo. Son muy conocidas; pero es bueno recordarlas a menudo, porque, o se las olvida, o las juzgan mal los escritores oficiales socialistas. Es necesario insistir en ellas vigorosamente cuando haya de razonarse acerca de la transformación antimarxista que sufre el socialismo contemporáneo.

Según Marx, el capitalismo se ve arrastrado, a causa de leyes íntimas inherentes a su naturaleza y con el vigor extremo que implica una evolución en la vida orgánica, por un camino que conduce al mundo actual hasta las puertas del mundo futuro. Dicho movimiento abarca una extensa construcción capitalista y termina en una rápida destrucción, obra del proletariado. El capitalismo crea: la herencia que recibirá el socialismo, los hombres que suprimirán el régimen actual y los medios de producir esa destrucción; al propio tiempo que la destrucción mencionada, se opera la conservación de los resultados adquiridos en la producción.⁶

El capitalismo engendra las nuevas formas de trabajar, impele a la clase obrera a organizarse revolucionariamente por la compresión que ejerce sobre el salario y restringe sin cesar su propia base política merced a la competencia, que elimina en forma constante a jefes industriales.

Así, luego de resolver el grave problema de la organización

⁶ Esta noción de la "conservación revolucionaria" es muy importante. Ya he señalado algo similar en el tránsito del judaísmo al cristianismo. [*Le système historique de Renán*, págs. 72, 73, 171, 172 y 467].

del trabajo (respecto a la cual los utopistas habían formulado tantas hipótesis candorosas o estúpidas), el capitalismo provoca el nacimiento de la causa que lo derrocará; por ahí se inutiliza cuanto escribieran los utópicos para inducir a las gentes ilustradas hacia la concesión de reformas: además destruye progresivamente el orden tradicional en cuya contra mostrarán deplorable insuficiencia las críticas ideológicas.

Puede afirmarse que el capitalismo desempeña análogo cometido al que Hartmann asigna a lo Inconsciente en la Naturaleza ya que prepara el advenimiento de fuerzas sociales, cuya aparición no procura. Sin plan de conjunto, sin ideas directoras, sin el ideal de un mundo futuro, determina una evolución perfectamente cierta, extrae de lo presente todo lo que puede servir para el desarrollo histórico y ejecuta lo necesario para que pueda producirse, casi mecánicamente, la aparición de una era nueva, a la cual le sea dado desligarse de la ideología hoy en uso, con todo y conservar las adquisiciones de la economía capitalista.

Deben, pues, los socialistas dejarse de buscar a remolque de los utopistas, los medios de que la burguesía ilustrada se anime a ir preparando *el tránsito* a un derecho superior; su misión se reduce a explicarle al proletariado la grandeza del cometido revolucionario que le incumbe. Debe llevarse a perfeccionar sus organizaciones, merced a constante crítica, e indicarle cómo puede desarrollar formaciones embrionarias, surgidas en sus sociedades de resistencia. Con esto llegará a constituir instituciones sin antecedentes en la historia de la burguesía con el propósito de formarse una ideología que dependa únicamente de su situación de productor de gran industria, y adquirirá costumbres de libertad que actualmente desconoce la burguesía.

Esta doctrina falla, evidentemente, si la burguesía y el proletariado no emplean para la lucha, y con todo el vigor de que entrambos son capaces, el potencial que poseen. Mientras más ardientemente capitalista sea la burguesía, más vigoroso será el espíritu guerrero del proletariado y más fuerte su confianza en la fuerza revolucionaria: con ello se asegurará mejor el movimiento.

La burguesía que Marx conoció en Inglaterra mostrábase ani-

mada de manera casi general, del espíritu conquistador, insaciable y despiadado, característico en los albores de la época moderna, de quienes creaban nueva industria y de los aventureros lanzados al descubrimiento de tierras vírgenes.

Es indispensable tener presente, cuando se estudia la economía moderna, la unión del tipo capitalista con el tipo guerrero, pues, justamente, se ha llamado capitanes industriales a los directores de empresas gigantescas. En los Estados Unidos existen aún ejemplares de ese tipo en toda su pureza. Allí se reúnen la energía indomable, la audacia sostenida en justa apreciación de la propia fuerza y el frío cálculo de intereses, que constituyen las características de los grandes generales y los grandes capitalistas.⁷

Según Paul de Rousiers, no hay americano incapaz de resistirse a "probar fortuna" (to try his luck) en el campo de batalla de los negocios.⁸ con lo que el espíritu general del país se halla en plenitud de armonía con el de los archimillonarios. A nuestros escritores les produce asombro que éstos se condenen de por vida a una existencia de forzados y no piensan en holgarse a lo gentilhomme como los Rothschild.

En una sociedad así, afiebrada por la pasión del éxito que puede obtener de la competencia, todos los actores marchan de frente cual autómatas, sin preocuparse de las grandes ideas sociológicas; van sometidos a leyes muy sencillas y ninguno piensa en substraerse a las características de su condición social.

Por esto no más prosigue el desarrollo del capitalismo con el vigor que tanto impresionara a Marx y que le parecía comparable al impuesto por una ley natural. Si, a la inversa, despiadados los burgueses por la cháchara de los predicadores de Moral o de Sociología, tornan a un ideal de mediocridad conservadora, procuran corregir los abusos económicos y quieren desligarse de la barbarie ancestral, entonces una parte de las fuerzas que debían producir la tendencia del capitalismo sirve

⁷ Volveré a tratar sobre esta asimilación en el cap. VII, III.

⁸ P. de Rousiers: *La vie américaine. L'éducation et la société*, p. 19. "Los padres de familia dan pocos consejos a sus hijos, y, como se dice allá, les dejan aprender su lección por sí mismos" (p. 14). "No sólo quiere (el americano) ser independiente, sino también poderoso". (*La vie américaine. Ronches, fermes et usines*, p. 6).

para borrarla, se cuenta con el azar y queda por completo indeterminado el porvenir del mundo.

La indeterminación aumenta más todavía si el proletariado se vuelca a la paz social a la par con sus señores —o si lo considera todo en su aspecto corporativo—, mientras que el socialismo da a las controversias económicas un matiz general y revolucionario.

No se engañan los conservadores al ver, tanto en los compromisos originarios de contratos colectivos, como en el particularismo corporativo, medios a propósito para evitar la revolución marxista⁹ pero van de un peligro a otro, y se exponen a ser devorados por el socialismo parlamentario.¹⁰ Jaurés muestra igual entusiasmo que los clericales para con las medidas que alejan del peligro marxista a las clases obreras. Creo que conoce mejor que ellos lo que puede producir la paz social y funda las esperanzas propias en la ruina simultánea del espíritu capitalista y del espíritu revolucionario.

Se objeta a los defensores de la concepción marxista que les es imposible impedir el doble movimiento degenerativo que aleja a la burguesía y al proletariado del camino que les asignara la doctrina de Marx. Sin duda pueden influir en las clases obreras y casi nadie contradice que las violencias huelguísticas sirven para mantener el espíritu revolucionario; mas, ¿cómo devolverle a la burguesía el ardimiento que se extingue?

Al llegar aquí se nos aparece la función de la violencia como singularmente grande en la Historia, porque puede actuar sobre los burgueses de modo indirecto para retrotraerlos a sus sentimientos de clase. Muchas veces se ha señalado el peligro que ofrecían determinadas violencias, con las cuales que-

⁹ Hoy se habla constantemente de organizar el trabajo: ello significa: utilizar el espíritu corporativo, sometiéndolo a la dirección de personas muy serias y librando a los obreros del yugo de los sofistas. Las personas muy serias son: De Mun, Charles Benoist (el regocijante especialista en leyes constitucionales), Arthur Fontaine, la cuadrilla de los clérigos demócratas y, por último, ¡Gabriel Hanotaux!

¹⁰ Vilfredo Pareto se mofa de los cándidos burgueses que se consideran felices al verse libres de las amenazas de los marxistas intransigente y de caer bajo los golpes de los marxistas transigentes. (*Systèmes socialistes*, t. II, p. 453).

darán comprometidas admirables obras sociales, descorazonando a los patronos dispuestos a labrar la dicha de sus obreros, y desarrollando el egoísmo donde no hubiera, hasta entonces, sino sentimientos nobilísimos.

Pagar con negra ingratitud la benevolencia de los que anhelan proteger a los trabajadores, oponer la injuria a las homilias de los defensores de la fraternidad humana y responder con golpes a las insinuaciones de los propagandistas de la paz, no está, de seguro, muy acorde con las reglas del socialismo mundano del matrimonio Renard;¹¹ pero constituye un procedimiento muy práctico para expresarles a los burgueses que se cuiden sólo de sus asuntos y solamente de ellos. Juzgo también muy útil vapulear a los oradores democráticos y a los representantes del gobierno, a fin de que ninguno conserve ilusiones respecto al carácter de las violencias. Carecen éstas de valor histórico si no son la expresión brutal y clara de la lucha de clases, y no conviene que la burguesía imagine lograr mejor acogida del proletariado ateniéndose a la habilidad, a la ciencia social o a los elevados sentimientos.

El día en que los patronos adviertan que no pueden conseguir nada con las obras de paz social o por la democracia, comprenderán haber sido mal aconsejados por quienes les persuadían a dejar su oficio de creadores de fuerzas productivas para acogerse a la noble profesión de educadores del proletariado. Habrá entonces, pues, alguna probabilidad de que reconquisten parte de su vigor y la Economía moderada o conservadora se les muestre tan absurda como a Marx. En todo caso, y por estar más marcada la separación de clases, habría más probabilidades de que el movimiento se produjese con mayor regularidad que ahora.

Ambas clases antagónicas actúan pues una sobre la otra, de modo indirecto en parte, pero decisivo. El capitalismo empuja al proletariado a la revuelta porque, en la vida diaria,

¹¹ Madame G. Renard ha publicado en "La Suisse" (26 de junio de 1900), un artículo de altas consideraciones sociológicas con motivo de una fiesta obrera dada por Millerand (León de Seilhac: *Le monde socialiste*, págs. 307-309). Su esposo ha resuelto el grave problema de averiguar quién beberá "Clos-Vougeot" en la sociedad futura. (G. Renard: *Le régime socialiste*, p. 175).

los patronos usan de su fuerza en sentido contrario al deseo de sus trabajadores. Pero tal revuelta no determina enteramente el porvenir del proletariado; éste se organiza al influjo de otras causas, y el socialismo, inculcándole ideas revolucionarias lo prepara para suprimir la clase enemiga. La fuerza capitalista está en la base de todo ese proceso y actúa por manera imperiosa.¹² Marx supuso que la burguesía no necesitaba de excitaciones para servirse de la fuerza; hoy nos hallamos ante un hecho insólito: la burguesía procura atenuar su fuerza. ¿Debe darse por finiquitada la concepción marxista? En modo alguno. La violencia proletaria entra en acción al tiempo mismo que la paz social busca serenar los conflictos. La violencia proletaria relega a los patronos a su función de productores y tiende a restaurar la estructura de las clases a medida que semejan mezclarse en un pantano democrático.

No sólo la violencia proletaria puede afirmar la revolución futura, sino que parece ser el medio único de que disponen las naciones europeas, embrutecidas por el humanitarismo, para recobrar su añeja energía. Esta violencia obliga al capitalismo a preocuparse tan sólo de su misión material y tiende a devolverle las cualidades belicosas que antaño poseía. Una clase obrera en crecimiento y sólidamente organizada, puede forzar a la clase capitalista a proseguir con ardimiento la lucha industrial. Si se yergue un proletariado unido y revolucionario ante una burguesía pudiente y ávida de logros, la sociedad capitalista alcanzará su perfección histórica.

Es así como la violencia proletaria se ha convertido en un factor esencial del marxismo. Añadamos, una vez más, que, si se la guía, convenientemente, acarreará la supresión del socia-

¹² En un artículo escrito en setiembre de 1851 (el primero de una serie publicada bajo el título *Revolución y contrarrevolución*, Marx estableció el paralelismo siguiente entre los desarrollos de la burguesía y del proletariado: a una burguesía numerosa, adinerada, concentrada y pujante, corresponde un proletariado numeroso, fuerte, concentrado e inteligente. Parece así pensar que la inteligencia del proletariado depende de las condiciones históricas que aseguran el poder de la burguesía en la sociedad. Afirma entonces que los verdaderos caracteres de la lucha de clase no existen más que en los países en donde la burguesía ha conformado el gobierno de acuerdo a sus necesidades.

lismo parlamentario que pierde el carácter de gran señor de las clases obreras y de guardián del orden.

III

La teoría marxista de la revolución supone que se herirá de muerte al capitalismo aunque está todavía en plena vitalidad cuando termine el cumplimiento de su misión histórica con absoluto completamiento de su capacidad industrial: cuando la Economía esté aún en progresivo desarrollo.

Marx no parece haberse preocupado de saber lo que pasaría en el caso de una economía decadente; no juzgaba posible una revolución con ideales retroactivos o de mera conservación social.

Hoy se advierte que ello podría sobrevenir: los amigos de Jaurés, los clericales y los demócratas sitúan su ideal del porvenir en la Edad Media, y desearían que fuese moderada la competencia, limitada la riqueza y que la producción se subordinase a las necesidades. Estos ensueños parecíanle a Marx reaccionarios,¹³ y por eso mismo, desdeñables, creyendo impulsado al socialismo por la vía de un progreso incoercible: más hoy vemos coligarse a poderes importantísimos para el intento de reformar, con leyes y sentimiento medievalista, la Economía capitalista. El socialismo parlamentario desea unirse a los moralistas, a la Iglesia y a la democracia, con el propósito de suprimir el movimiento capitalista, lo cual dada la cobardía burguesa, tal vez no sea imposible.

Marx comparaba el cambio de Era histórica a una sucesión civil: los tiempos nuevos heredan adquisiciones anteriores. Pero, si la revolución surge durante un período de decadencia eco-

¹³ "Aquellos que cual Sismondi, quieren volver a la justa proporcionalidad de la producción, conservando las bases actuales de la sociedad son necesarios, pues para ser consecuentes, deben también querer la vuelta de las demás condiciones propias de la industria en los pasados tiempos. En la sociedad actual, en la industria basada en los intercambios individuales, la anarquía de la producción, que es la fuente de tantas miserias es, al propio tiempo, la fuente de todo progreso (Marx: *Misère de la Philosophie*, págs. 90-91).

nómica ¿no quedará comprometida grandemente la herencia? ¿Podrá confiarse en la pronta reaparición del progreso económico? Los ideólogos casi no se preocupan de esta cuestión, pues opinan que la decadencia habrá de pararse cuando se les entregue el Tesoro Público. Les deslumbra pensar en la inmensa cuantía de los tesoros sometidos a su pillaje. ¡Cuántos festines, cocotas y satisfacciones de amor propio! Pero nosotros, los que no nos refocilamos con tales perspectivas, hemos de ver si la Historia brinda enseñanzas respecto al tema, y si nos permite barruntar cuál ha de ser el producto de una revolución desarrollada en época de decadencia.

Las investigaciones de Tocqueville nos ayudan a estudiar, desde el mencionado punto de vista, la revolución francesa. Cuando, hace medio siglo, aquél mostrara a sus contemporáneos que la revolución había sido bastante más conservadora de lo que hasta entonces se supuso, los asombró no poco. Tocqueville demostró cómo las instituciones más características de Francia proceden del Antiguo Régimen (centralización, reglamentación a ultranza, tutela administrativa de los municipios, prohibición de que los Tribunales juzguen a los empleados públicos); solo hallaba una innovación valiosa: la coexistencia de funcionarios aislados, y de los consejos deliberantes, establecida el año VIII.

Los principios del Antiguo Régimen reaparecieron en 1800 y las costumbres antiguas recobraron valimiento.¹⁴ A su parecer, Turgot era excelente ejemplar del empleado napoleónico, pues poseía "el ideal del funcionario en una sociedad democrática sometida a un gobierno absoluto". Y juzgaba que la partición del suelo, cuyo mérito se atribuye usualmente a la revolución, había comenzado ya y no anduvo luego con excesiva rapidez bajo su influencia.¹⁵

Es verdad que Napoleón no debió esforzarse en demasía para retrotraer al país a la forma monárquica. Encontró a Francia predispuesta, y, merced a algunas ligeras modificaciones de detalle, pudo servirse de la experiencia adquirida a partir

¹⁴ Tocqueville, *L'Ancien Régime et la Révolution*, en Obras Completas, libro II, caps. I, III, IV, págs. 89, 91, 94 y 288.

¹⁵ Tocqueville, *Mélanges*, págs. 155-156.

de 1789. Las leyes administrativas y fiscales fueron redactadas, durante la revolución, inspirándose en los métodos del Antiguo Régimen, y todavía subsisten, casi intactas. Los hombres que Napoleón utilizara habían efectuado su aprendizaje en el Antiguo Régimen y la revolución: todos se asemejaban; todos pertenecían a la época antigua por sus procedimientos gubernativos; todos trabajaban, con ardor análogo, en pro de la grandeza de Su Majestad. El indiscutible mérito de Napoleón estuvo en no fiar demasiado en su "genio", ni despeñarse en los ensueños que tantas veces extraviaran a los hombres del siglo XVIII, induciéndoles a querer regenerarlo todo completamente; es decir, acertó en reconocer el principio de la herencia histórica. De ahí resulta que pueda considerarse al régimen napoleónico como ensayo evidente del enorme papel que desempeña el conservadorismo a través de las más grandes revoluciones.

A mi parecer, podría extenderse el principio de la conservación a los asuntos militares e incluso demostrar que los ejércitos de la Revolución y del Imperio constituyeron una mera continuidad de las precedentes instituciones. Con todo, resulta asaz llamativo que Napoleón no encarase importantes innovaciones en el material, y que las armas de fuego del Antiguo Régimen fueran las que tanto contribuyeron a proporcionarles la victoria a las tropas revolucionarias. La artillería no fue reformada hasta la Restauración.

La facilidad con que la Revolución y el Imperio triunfaron en su obra, transformando tan profundamente el país y conservándole cuantiosa cantidad de adquisiciones, se liga a un hecho ante el cual pasan de largo los historiadores franceses y que el mismo Taine parece no haber observado: la economía productiva progresaba en tales proporciones que, en 1780, todos creían en el dogma del progreso indefinido del hombre.¹⁶ Este dogma llamado a ejercer poderoso influjo en el pensamiento moderno, resultaría paradójica extravagante e inexplicable si no se le considerara hermanado al progreso económico y al sentimiento de absoluta confianza por él engendrado. Las

¹⁶ Tocqueville: *L'Ancien Régime et la Révolution*, págs. 254 y 262 y *Mélanges*, p. 62. Véase el cap. IV de mi estudio *Les illusions du progrès*.

guerras de la Revolución y del Imperio estimularon todavía más este sentimiento, no ya por su carácter glorioso, sino porque aportaron mucho dinero al país, contribuyendo al desarrollo de la producción.¹⁷

El triunfo de la Revolución maravilla a casi todos nuestros contemporáneos, y parece que los más sorprendidos fueran aquellos que reflexionan más y que están mejor enterados de las cuestiones políticas: ello se debe a la imposibilidad de explicar éxito tan paradójico con razones tomadas de la ideología, y me parece que el asunto se presenta hoy a los historiadores casi tan oscuro cual lo estuvo para nuestros padres. La causa primera de ese triunfo hay que buscarlo en la economía. Por haber recibido el Antiguo Régimen golpes rápidos, cuando la producción estaba en vías de grandes progresos, tuvo el mundo contemporáneo nacimiento relativamente poco laborioso y adquirió con tanta rapidez vida robusta.

Poseemos, por el contrario una espantable experiencia histórica respecto a una gran transformación acaecida en época de decadencia económica; hablo de la conquista cristiana y de la caída del Imperio Romano, que sobrevino a poco. Todos los antiguos autores cristianos coinciden en informarnos que la nueva religión no produjo ninguna mejora importante en el estado del mundo; las corruptelas del poder, la opresión y los desastres prosiguieron abrumando al pueblo como en lo pretérito. Fue un gran desengaño para los Padres de la Iglesia. En la época de las persecuciones, esperaban los cristianos que Dios colmase de mercedes a Roma cuando el Imperio cesara de perseguir a los fieles; ya era cristiano el Imperio, los obispos estaban convertidos en personajes de primer orden y no obstante, seguía todo tan mal como en lo pasado. Y ¡hecho más desolador aún!, las malas costumbres a menudo atribuidas a la idolatría, eran ya las de los adoradores de Cristo. Lejos de imponerle profunda reforma al mundo pagano la Iglesia se corrompió imitándolo. Había tomado el aspecto de una administración imperial y las facciones que la desgarraban eran más bien exaltadas por

¹⁷ Kautsky insistió mucho acerca del papel desempeñado por los tesoros de que se apoderaran los ejércitos franceses. (*La lutte des classes en France en 1789*, trad. franc. págs. 104-106).

los apetitos del Poder que por razones religiosas. Pregúntase a menudo si el cristianismo fue causa o al menos una de las causas principales de la caída de Roma.

Gastón Boissier combate dicho criterio intentando probar que el movimiento de decadencia que se advierte después de Constantino continúa el que ya existía mucho antes, y que no es posible ver si el cristianismo aceleró o retrasó la muerte del mundo antiguo.¹⁸ Ello denota que la conservación fue enorme. Por analogía podemos imaginar los resultados de una revolución que diese ahora el poder a nuestros socialistas oficiales: prosiguiendo las instrucciones casi en su mismo ser y estado presente conservaría toda la ideología burguesa; el Estado burgués dominaría con todos sus antiguos abusos y la decadencia económica se acentuaría si hubiese comenzado. Poco después de la conquista cristiana surgieron las invasiones bárbaras, y más de un creyente hubo de preguntarse si, al fin, nacería un orden de cosas concorde con los principios de la nueva religión, esperanza tanto más razonable cuanto que los bárbaros se convertirían al entrar en el Imperio y no estaban habituados a las corrupciones de la vida romana. Cabía esperar una regeneración desde el punto de vista económico, por hallarse el mundo agonizante bajo el peso de la explotación urbana. Quizás los nuevos amos, de costumbres rurales, groseras, no vivirían cual grandes señores, sino como propietarios de grandes dominios, con lo cual acaso mejorara el cultivo de la tierra. Las esperanzas de los autores cristianos contemporáneos de las invasiones, pueden equipararse a las de los numerosos utopistas que esperaban que el mundo moderno se regeneraría por las virtudes atribuidas a los hombres de condición media; el reemplazo de clases muy ricas por nuevas capas sociales debía traer la moral, la dicha y la prosperidad universales. Los bárbaros no crearon sociedades progresivas: eran poco numerosos y, por lo común, substituyeron simplemente a los antiguos grandes señores, vivieron igual vida que ellos y se dejaron devorar por la civilización urbana.

En Francia la realeza merovingia ha sido objeto de estudios particulares muy minuciosos. Fustel de Coulanges puso toda su

¹⁸ Gastón Boissier: *La fin du paganisme*, libro IV, cap. III.

erudición en el empeño de señalar el carácter conservador que tuvo. Tan rigurosa se le mostraba la conservación que se atrevió a escribir que no había habido entonces verdadera obra revolucionaria y se representaba la historia en los comienzos de la Edad Media como un movimiento continuador del movimiento propio del Imperio Romano, con un poco de aceleración.¹⁹ "El Gobierno merovingio —decía— es, en algo más de sus tres cuartas partes, continuación del que diera a las Galias el Imperio Romano".²⁰

La decadencia económica se acentúa con estos reyes bárbaros, sin poder producirse el renacimiento hasta mucho después, cuando el mundo atravesó una larga serie de pruebas. Se necesitaron cuatro siglos de barbarie para que apuntase un movimiento progresivo; la sociedad tuvo que descender a un estado muy próximo al de sus orígenes y Vico pudo hallar en este fenómeno la ilustración de su doctrina de los *ricorsi*. Así, una revolución sobrevenida en tiempos de decadencia económica, hizo que el mundo reatrasara un período de civilización casi primitiva, y detuvo durante muchos siglos todo progreso.

Tan espantosa experiencia ha sido invocada muchas veces por los adversarios del socialismo; no disputo el valor del argumento, pero creo que conviene añadir dos detalles, que acaso les parezcan nimios a los sociólogos profesionales. Tal experiencia implica: primero, una decadencia económica; segundo, una organización que asegure una conservación ideológica muy perfecta. Muchas veces se presentó el socialismo civilizado de nuestros doctores oficiales como salvaguardia de la civilización y creo que produciría un efecto semejante al de la instrucción clásica dada a los reyes bárbaros por la Iglesia: corrompería y embrutecería al proletariado, según les ocurrió a los merovingios y la decadencia económica sería más real bajo la acción de los supuestos civilizadores.

Quizás se pudiera alejar el peligro que amenaza al mundo si el proletariado se aferra obstinadamente a las ideas revolu-

¹⁹ Fustel de Coulanges: *Origines du régime féodal*, págs. 566-567. No niego que haya muchas exageraciones en la tesis de Fustel; pero la conservación es incoherente.

²⁰ Fustel de Coulanges: *La monarchie franque*, p. 650.

cionarias, de modo que realice en lo posible, la concepción de Marx. Puede salvarse todo si, por la violencia, logra volver a consolidar la división en clases, y devolverle a la burguesía algo de su vigor. He ahí la magna finalidad adonde debe enderezarse el pensamiento de los hombres no hipnotizados por los sucesos comunes, y que piensan en las condiciones del mañana.

La violencia proletaria, ejercida como pura y simple manifestación del sentimiento de la lucha de clases aparece así con carácter de algo bello y heroico. Está al servicio de los intereses primordiales de la civilización, y aún cuando no opta, quizá, por el método más adecuado al logro de provechos materiales inmediatos, puede salvar de la barbarie al mundo.

A quienes motejan de obtusos y de tipos groseros a los sindicalistas, hay derecho a pedirles cuenta de la decadencia económica en que trabajan. Saludemos a los revolucionarios como saludaron los griegos a los héroes espartanos defensores de las Termópilas, y que contribuyeron a conservar la luz en el mundo antiguo.